

CAPÍTULO 2

El “ciclo vital” de los casos de desinformación: una propuesta analítica a partir de la Ecología del Desarrollo Humano

The “life cycle” of disinformation cases: an analytical proposal based on the Ecology of Human Development

PhD. Fernando Gutiérrez Atala

© <http://orcid.org/0000-0003-2289-9224>

✉ fgutierrez@ucsc.cl

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile

Mauricio Carrasco Miranda

© <http://orcid.org/0000-0002-3560-4512>

✉ mcarrascom@periodismo.ucsc.cl

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile

Resumen

El artículo pretende explorar en los detalles detrás de los procesos informativos propios de la desinformación, es decir, en el uso consciente de información falsa o engañosa que tiene como fin específico la manipulación informativa y mediática para su posterior difusión

Cita este capítulo / Cite this chapter

Gutiérrez Atala, F. y Carrasco Miranda, M. (2023). El “ciclo vital” de los casos de desinformación: una propuesta analítica a partir de la Ecología del Desarrollo Humano. En: Gutiérrez Atala, F. y Muñoz Joven, L. A. (Eds. científicos). *Ética y moralidad en los medios de comunicación: investigaciones y propuestas* (pp. 53-81). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Recepción / Submission: 22 de septiembre (September) de 2022
Aprobación / Acceptance: 27 de junio (June) de 2023



dentro de la esfera pública. Para ello, se vale de un modelo inspirado en los indicadores de la Ecología del Desarrollo Humano (EDH) que, mediante esta asimilación, proyección o isomorfismo, permite reconocer elementos que influyen y determinan el asunto, así como etapas diversas que explican el “ciclo vital” de estos casos de desórdenes informativos (nacimiento, desarrollo y desaparición), como una propuesta analítica que contribuya al análisis y a la creación de estrategias que los enfrenten y eviten.

Palabras clave: desinformación, desórdenes informativos, fake news, ciclo vital, Ecología del Desarrollo Humano.

Abstract

The article intends to explore the details behind the informative processes of disinformation, that is, in the conscious use of false or misleading information that has a specific purpose: the information and media manipulation for its subsequent dissemination within the public sphere. To do this, it uses a model inspired by the indicators of the Ecology of Human Development (HRE) that, through this assimilation, projection or isomorphism, allows us to recognize elements that influence and determine the matter, as well as various stages that explain the “cycle vital” of these cases of informational disorders (birth, development and disappearance), as an analytical proposal that contributes to the analysis and creation of strategies that confront and avoid them.

Keywords: misinformation, information disorders, fake news, life cycle, Ecology of Human Development.

Introducción

Desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad, las nuevas tecnologías de la información y comunicación han permitido la ma-

sificación y redistribución de la información, que históricamente fue centralizada y controlada por y para un grupo específico de personas (Rodríguez Andrés, 2018). Gracias a las nuevas herramientas y aparatos tecnológicos de los que disponemos, se logró “democratizar” la información. Podemos informarnos y comunicarnos de una manera nunca vista, rompiendo la barrera del espacio-tiempo gracias a la instantaneidad y ubicuidad que servicios como Internet y plataformas como redes sociales nos permiten (Casero-Ripollés, 2018).

Pero, mientras nos encontramos con más posibilidades, acceso, descentralización y distribución de la información en el mundo, a la vez tenemos que lidiar con grandes problemas como la desinformación (Alonso González, 2019). Este es un fenómeno que tiene como fin el uso consciente de información falsa o engañosa de parte de un emisor, cuyo objetivo es la manipulación informativa y mediática, para su posterior difusión dentro de la esfera pública, para así alterar las creencias y decisiones de un receptor.

El auge de este tipo de sucesos en los últimos años ha convertido a la desinformación en una palabra de uso común en nuestro lenguaje. Cada vez es de más relevancia debido a que ha entrado de lleno y con fuerza en la vida política, económica y social (Olmo y Romero, 2019). Y aunque casos de desinformación pueden encontrarse en todos los ámbitos, es en la política donde más importancia y más impacto tiene este fenómeno. Desde el Brexit en Reino Unido y las elecciones presidenciales de Estados Unidos, ambos en 2016, una seguidilla de acontecimientos similares evidenció el poder y relevancia que la desinformación tiene para manipular a la opinión pública en los diferentes procesos electorales, mostrando su poder de manipulación y engaño que posee sobre la política (Rodríguez-Fernández, 2019).

Por lo tanto, es de vital importancia potenciar la investigación y la reflexión en torno a casos de desinformación, potenciando el análisis profundo del fenómeno. En ese sentido, el presente artículo propone su estudio a partir del reconocimiento de ciertas etapas, procesos y/o ciclos, que pueden ser identificados y observados, para así reconocer

las causas que la detonan, los elementos que determinan su auge y masificación, así como las causas que determinan su posterior desaparición. Y no sólo eso: también la implementación de medidas que impidan su diseminación. Siguiendo una lógica tomada de la Ecología del Desarrollo Humano (EDH), el “ciclo vital” de la desinformación pretende ser un aporte para la comprensión del fenómeno y la intervención oportuna en el proceso, evitando así la propagación que se señaló antes y que tantas dificultades genera en estos días.

La era de la desinformación

Constantemente escuchamos y nos enseñan que vivimos en la era de la información, debido a todas las nuevas herramientas y aparatos tecnológicos de los que disponemos y que nos permiten informarnos y comunicarnos de una manera sin precedentes. Gracias a estas nuevas tecnologías de la información y comunicación, resulta mucho más fácil buscar y adquirir información relevante de casi cualquier ámbito, teniendo a un click de distancia acceso a un número de información incalculable.

Pero a la par de que hay más información en el mundo, de igual manera más desinformación se genera, y es este último concepto uno de los grandes problemas con los que tiene que lidiar la sociedad del siglo XXI. Estamos en un momento en donde no sabemos realmente si nos encontramos en la era de la información o en la era de la desinformación.

Dentro del mundo de las comunicaciones, ciencias sociales e incluso política y economía, se ha hecho frecuente encontrarse con la palabra “desinformación”, fenómeno de plena actualidad que cada vez se vuelve más frecuente en nuestro lenguaje habitual, abriéndose así un camino entre la opinión pública. Pero ¿qué es la desinformación?

Según la definición oficial que entrega la Real Academia Española (RAE): la desinformación es la acción y efecto de desinformar, acción

cuyo objetivo es dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines, o dar información insuficiente u omitirla (RAE, 2020). En tanto, la Comisión Europea en el 2018 definió a la desinformación como toda información falsa, imprecisa, o engañosa, presentada y promovida para obtener ingresos o causar daño público intencionadamente (Bernal-Triviño y Clares-Gavilán, 2019).

Tras estas definiciones, se puede concluir que la desinformación es el uso consciente de información falsa o engañosa que tiene como fin específico la manipulación informativa y mediática, para su posterior difusión dentro de la esfera pública. Pero esta es solo una definición muy amplia de una perspectiva demasiado global de lo que es verdaderamente la desinformación.

Se trata de un fenómeno que a través de diferentes herramientas busca alterar la realidad objetiva de los hechos, e instaurar su propia realidad, convergiendo dos o más verdades que buscan imponerse como la “realidad absoluta”. Esta es la razón por lo que no debemos olvidar que no existe una única realidad, sino que, de hecho, se dan innumerables realidades, que pueden ser muy opuestas entre sí, y que todas ellas son el resultado de cómo se controle y maneje la comunicación, no el reflejo de verdades eternas y objetivas (Watzlawick, 1979). La desinformación se convierte en una realidad más, que busca imponerse entre la audiencia.

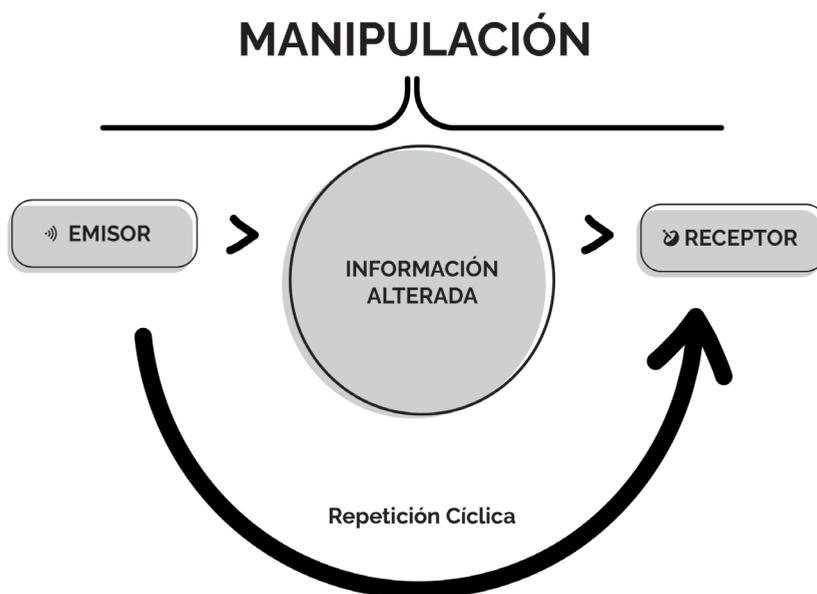
Fallis dijo en el 2015 que:

La desinformación tiene tres características: la primera, la desinformación es información, específicamente un tipo de información que depende del análisis del contenido semántico o análisis representacional que se adopte, la información puede ser falsa pero también verdadera (en ambos casos es información). La segunda, la desinformación es información engañosa o confusa, es información que probablemente fomenta falsas creencias, genera daño y es peligrosa; va en contra de la calidad de la información. Finalmente, la desinformación es información no accidentalmente engañosa, es intencional, va desde las formas más inocuas como los

errores honestos hasta la sátira sutil, el fin es simplemente engañar (Estrada-Cuzcano, Alfaro-Mendives y Saavedra-Vásquez, 2020, pp. 97-98).

Por su parte, Massi (2011) señala que la desinformación emplea de modo sistemático diversas estrategias: tergiversación, omisión, invisibilización y ocultamiento de información. Todas estas son estrategias que, junto con la invención de un acontecimiento que no ha ocurrido o ha ocurrido de una manera totalmente distinta y es alterado, logran una de las actitudes específicas para manipular y engañar a la opinión pública.

Así, podríamos establecer un primer cuadro del proceso de desinformación reconociendo al menos los siguientes elementos:



Fuente: Elaboración propia.

Los procesos de desinformación se están extendiendo y normalizando en la esfera pública, emergiendo una serie de políticas de control a través de medidas legislativas que, siendo necesarias, aluden en el debate sobre si de alguna u otra manera terminan limitando la liber-

tad de expresión e información (Magallón Rosa, 2020). Estas razones hacen que la desinformación cada vez tome más importancia y relevancia en nuestros días, siendo un tema de estudio de gran interés, debido a que ha entrado de lleno y con fuerza en la vida política, económica y social; afectando tanto a nuestra esfera pública como privada (Olmo y Romero, 2019).

Siguiendo la idea anterior, Salaverría, y otros (2020), dicen respecto de la desinformación que: “este fenómeno afecta hoy día a múltiples dimensiones sociales. Entre otras, al sistema político, las relaciones internacionales y las políticas públicas sobre el cambio climático” (p. 3).

De igual manera, y a pesar de su auge actual, no debemos olvidar que la figura de la desinformación no es nueva y ya lleva siendo investigada desde hace años. Burnam en 1975 y Galdón en 1994 sostuvieron que “el complejo fenómeno de la desinformación atrae el interés de los teóricos de la comunicación y el periodismo desde hace décadas” (Salaverría y otros, 2020, p. 3). En este sentido, Vázquez-Herrero, Vizoso y López-García (2019) explican que las técnicas de desinformación han estado presentes a lo largo de la historia de la comunicación, y que su impacto siempre ha sido muy relevante; aunque, nunca había alcanzado un espacio en el debate público como hoy en día.

La desinformación ha estado siempre presente, pero lo que ha cambiado es la manera de producir y distribuir las noticias. Con las redes sociales, los defensores de un bando y otro se encierran en sus creencias y bloquean informaciones que contradigan sus creencias, incrementando el nivel de desinformación” (Alonso, 2017, p. 79).

Asimismo, dentro del amplio universo que engloba la desinformación, se ha llegado a la utilización de dos términos claves asociados al fenómeno, y que cada vez ganan más popularidad dentro del mundo de las comunicaciones y en la opinión pública: posverdad y *fake news* (o noticias falsas), conceptos que de acuerdo con Bastos y Mercea (2019) citados en Salaverría y otros (2020), se popularizaron principalmente con motivo de las elecciones presidenciales de Estados Unidos

y el referéndum del Brexit en Reino Unido, ambos hechos ocurridos en 2016.

Posverdad y fake news

En 2016, el diccionario de lengua inglesa Oxford nombró a post-truth (posverdad) palabra del año (Rodríguez-Ferrándiz, 2019). Un año después, la palabra elegida para el 2017 fue *fake news*, ambos términos derivados del fenómeno de desinformación que se vive en plena actualidad. Pero ¿a qué nos referimos con posverdad y *fake news*?

En primer lugar, el término posverdad ya era utilizado en 1992 por el escritor Steve Tesich en la revista Nation, quien empleó el concepto por primera vez en un texto titulado “Un gobierno de mentiras”, para referirse a varios casos polémicos en la política estadounidense como el Watergate, el escándalo Irán-Contra o la Guerra de Vietnam, entre otros, en los que se había mentido deliberadamente a la opinión pública (Rodríguez-Ferrándiz, 2019). Pero, faltaría tiempo para que el concepto se ampliara y llegara al lenguaje público.

En la actualidad, la RAE alude al término posverdad como: distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales (Palomo y Sedano, 2018).

Según Rodríguez-Fernández (2019^a):

Keyes amplía el concepto a “la era de posverdad” y expone que el individuo no quiere pensar que no es ético y mucho menos admitirlo ante los demás. Por ello se idean enfoques alternativos que denomina “alt.ethics” en los que se acepta la simulación como algo correcto. La lengua es el vehículo principal en la construcción de la posverdad, a través de lo que el autor denomina euphemasia. Esta tergiversación del lenguaje ofrece nuevas visiones de los hechos (p. 2).

Es así como entendemos que la posverdad es una alteración deliberada de la realidad, en donde la veracidad de los hechos objetivos, las referencias fácticas, tienen menos influencia que las apelaciones a las emociones y a las creencias personales, con el gran objetivo de crear y modelar a la opinión pública e influir en las actitudes sociales (Olmo y Romero, 2019). De igual manera, la audiencia “acepta” la información falsa o engañosa sin apenas cuestionarse la veracidad de esta, ya que entra dentro de su irrefutable marco de creencias.

Thagard (2014) explica que la forma en que se construye una creencia o porqué se toma una decisión, está basado intrínsecamente en argumentos que el ser humano interpreta de manera racional y luego acciona en base a estos. Pero, la racionalidad implica primariamente usar buenos argumentos e identificarlos de los malos. Es este raciocinio, es el que muchas veces se ve afectado. Aun cuando se presenten buenos argumentos, si nuestro pensamiento crítico está sesgado, aunque se nos presenten pruebas racionales de que la fuente de información es falsa/verdadera, simplemente elegiremos creer como “verdad” la información que se nos ajuste a nuestra lógica y marco de creencias.

Desde esta perspectiva, la racionalidad no es simplemente un tema de utilizar buenos argumentos y evitar los falaces sino, más bien, un asunto de adoptar patrones de pensamiento y de conducta que satisfacen mejor los legítimos propósitos relativos a qué creer y qué hacer. Además de las falacias, requerimos considerar las tendencias inferenciales erróneas: patrones de pensamiento a los que las personas son naturalmente propensas pero que, con frecuencia, conducen a creencias falsas y acciones contrarias a sus mejores intereses (Thagard, 2014, pp. 10-11).

La posverdad busca a través del discurso la apelación emocional para así lograr su objetivo de que el público acepte la “mentira emotiva”, dejando en un segundo plano la verdadera “realidad” de los hechos. Por esta razón, cómo utilizemos el rol del lenguaje es fundamental al momento de interpretar los hechos. “No sólo hay discursos verdaderos o falsos, sino también de sentimiento y percepción” (Chávez, 2018, p. 287).

Desde ese punto de vista, el término “posverdad” no significará “falsedad” o “mentira”, sino que aludirá más bien a un estado de confusión e incertidumbre en el que los conceptos de “verdad” y “mentira” han sido ya neutralizados. Porque, cuando predomina la sensación de que nada es comprobable, se impone un escepticismo general que impide hablar de hechos verdaderos o falsos. «La gente no cree ya en los hechos», aseguraba el lingüista y pensador Noam Chomsky (...) Nótese que los hechos, antes de que nos invadiera la posverdad, constituían el ámbito de lo comprobable. Las estrategias de desinformación se imponen precisamente cuando periodistas y ciudadanos no disponen de mecanismos de comprobación para cada discurso o enunciado... (Mayoral, Parratt y Morata, 2019, p. 396).

Por otra parte, las *fake news* o noticias falsas, suele ser un concepto asociado más a la actualidad, ganando popularidad en gran medida gracias a la campaña de Donald Trump en la ya mencionada elección presidencial de 2016 en Estados Unidos. Rodríguez-Fernández (2019a), afirma que “las *fake news* o noticias falsas emergen como una herramienta para romper o reforzar los marcos de creencias, facilitando que la mentira sea más creíble que nunca” (p. 2). En tanto, en 2018 Amóros explicó que “las *fake news* son informaciones falsas diseñadas para hacerse pasar por noticias con el objeto de difundir un engaño o una desinformación deliberada para obtener un fin político o financiero” (Salas, 2019, p. 415).

Por su parte, el Grupo de Expertos de Alto Nivel de la Comisión Europea define a las *fake news* como:

Información falsa, inexacta o engañosa diseñada, presentada y promovida para causar daño público o con fines de lucro. Lo que convierte a una noticia en *fake news* es, por tanto, algo que es falso en origen, que se hace con la intención de ganar dinero o influir en política, y que se difunde rápidamente a través de medios de masas. La misma tecnología en la que se basa el progreso, es la que puede causar un enorme daño (Salas, 2019, pp. 415-416).

De esta manera, las *fake news* se han convertido en una constante dentro del ejercicio del periodismo, en donde las noticias falsas se han vuelto un verdadero problema a la hora de diferenciar a la verosimilitud de la veracidad de una información (Alonso González, 2019). Su objetivo, al ser diseñadas es lograr su máxima difusión entre las masas, es abarcar la mayor cantidad de público posible, crean o no en la información falsa.

Es así como, con la ayuda de las nuevas tecnologías del mundo actual como las redes sociales, la masificación de bulos o desórdenes informativos resulta cada vez más fácil, llegando a una nueva dimensión en donde la velocidad, amplitud y universalidad que proveen internet y las redes sociales, potencian el auge para la difusión de la desinformación; donde el anonimato, la fuente oculta y la dificultad de seguir rastros (Alonso González y García Orta, 2015), hacen de esta una “era ideal” para las *fake news*.

Las noticias falsas se viralizan en las redes sociales a una velocidad mucho mayor que las informaciones veraces y contrastadas, con el problema añadido de que, además de ser percibidas erróneamente como correctas, aun cuando se acredite su falsedad, siguen teniéndose en cuenta y no dañando la credibilidad, no merecida, del medio que las emite (Cantalapiedra y Aguilar, 2021, pp. 142-143).

Sin embargo, las noticias falsas y su difusión en bulos desinformativos no son un fenómeno reciente. En el periodismo podemos encontrar desde hace décadas o incluso siglos la utilización de esta herramienta como fenómeno de desinformación. En “las gacetas del siglo XVIII los bulos y libelos eran una herramienta de poder bien conocida por reyes y válidos, y en el siglo XX los totalitarismos se sirvieron de falsedades como herramienta de desinformación propagandística” (Fernández Barrero, 2014, p. 20). Por esta razón, no debemos olvidar que las *fake news* y su fenómeno actual no son para nada nuevos en los medios de comunicación, los cuales históricamente han servido como la principal herramienta para la difusión de las noticias falsas.

En el 2017, Burkhardt señaló que:

Medios de comunicación que airean noticias falsas y con muy baja credibilidad han existido siempre, pero con las actuales facilidades para crear y difundir contenidos ha aparecido una práctica relacionada con la parodia, la rumorología o directamente con intereses políticos, sociales o económicos, de la que sólo podemos constatar su aumento, aunque a estas alturas somos incapaces de predecir sus efectos (López-Borrull, Vives-Gràcia y Badell, 2018, p. 1347).

Siguiendo la idea de Burkhardt, mencionada anteriormente, son estas “actuales facilidades” provenientes de los avances tecnológicos que el siglo XXI tiene para ofrecer al mundo, como el internet, televisión digital, los teléfonos celulares, las redes sociales, etc.; lo que posibilita la masiva expansión del fenómeno de la desinformación, que en constante aumento y sin freno alguno se va extendiendo poco a poco hasta englobar todos los ámbitos de la sociedad actual.

Los efectos del “desorden informativo”

El advenimiento de la era digital ha transformado por completo a nuestras sociedades, alterando en su totalidad nuestro paradigma al momento de comunicarnos e informarnos en la cotidianidad. No podemos negar los inmensos avances que las Tecnologías de la información y comunicación (TICS) han logrado desde mitad del siglo XX hasta nuestros días. Avances que han visto especialmente alterada el área de la información y comunicación, cambiando para siempre el ejercicio de ámbitos como el Periodismo.

Herrera (2020) afirma que:

El siglo XX marcó el inicio del estudio de las comunicaciones, y fue en él que surgieron importantes teorías que hasta hoy perduran y que son enseñadas en las escuelas de periodismo. Sin embargo, varios son los autores que apuntan a que, en cuanto a periodismo, la Era Digital supe-

ró las suposiciones de las teorías, dificultando aún más la convergencia del periodismo con las tecnologías” (p. 144).

Las condiciones y la forma de la circulación de la información han cambiado a un ritmo y en una proporción sin precedentes. Un ritmo que el ejercicio periodístico y los medios de comunicación tradicionales no han podido alcanzar y dominar dentro del mundo de las plataformas digitales, quedándose atrás y perdiendo una “carrera” que puede tener consecuencias y efectos muy importantes para el área de las comunicaciones.

Como señala un reciente informe de la Universidad de Oxford la desinformación cada vez afecta a más países y se difunde a través de las redes sociales las cuales afectan negativamente al bienestar intelectual de la sociedad y a la confianza en los medios de comunicación (Rodríguez Pérez, 2020, p. 244)

La mayor consecuencia de esta “carrera perdida” la podemos apreciar con la ya reconocida problemática de la desinformación y su auge actual en la era digital. Mientras que la proliferación de las *fake news* y desórdenes (bulos) informativos son sus principales secuelas a combatir.

Según Magallón Rosa (2019^a):

El avance de la desinformación, la propaganda digital y las mediáticamente denominadas *fake news* se presentan como una serie de problemáticas que afectan a la calidad de nuestra esfera pública y que requieren de medidas legislativas, formativas y sociales que mitiguen sus efectos (p. 321).

Y es que el panorama es desalentador. Según un estudio de la consultora Gartner (2017), que se encuentra en su informe “Predicciones Tecnológicas para el 2018”, se prevé que para el 2022 el público occidental consumirá más noticias falsas que verdaderas, y que no habrá suficiente capacidad, ni material ni tecnológica para eliminarlas.

Es así como podemos apreciar el inmenso poder de masificación actual de la desinformación, que solo va en alza. Chávez (2018) señala que la influencia que tienen las tecnologías de la información y la comunicación, principalmente internet, como herramienta utilizada para informarse y formar opinión en la actualidad, solo ha acentuado que el rumor y la mentira sean la principal forma de generar opinión pública.

Este nuevo panorama, incluso ha llevado a la acuñación de un nuevo concepto que se abre espacio entre diferentes expertos y académicos: “desórdenes informativo”. Del Fresno (2019) define a los desórdenes informativo como: desinformación, *fake news*, hechos alternativos, posverdad, *deepfakes*, etc.; diferentes formas de engaño que son producidas intencionalmente y cuya estrategia consiste en la fabricación de la duda y falsas controversias con el fin de conseguir beneficios económicos o ideológicos.

De esta manera, entendemos como desórdenes informativos a los diferentes tipos de desinformación los cuales son utilizados en diferentes estrategias y formas, para ser empleados en la construcción de noticias falsas respecto a hechos particulares (García-Marín, 2020).

Los desórdenes informativos están relacionados intrínsecamente con los avances tecnológicos, ya que la tecnología de cada época juega un papel crítico a la hora de cambiar la escala e impacto de estos desórdenes en las sociedades. Para Del Fresno: “los desórdenes informativos están interrelacionados entre sí y dependen de forma necesaria de las tecnologías post Internet, lo que ha modificado la naturaleza misma de la comunicación interpersonal colectiva” (2019, p. 2).

Por esta razón, los desórdenes informativos son una de las principales secuelas que ha traído el asentamiento del fenómeno de la desinformación en la era digital. Un reciente término que busca irrumpir en el ámbito académico y científico para abarcar y renombrar a la desinformación y todos sus conceptos.

La sociedad digital se caracteriza porque aumenta el poder comunicativo de los ciudadanos y reconfigura su acceso a la información. El acceso a internet crece en todo el mundo, con lo que también lo hace el número de usuarios de las redes sociales. Y son estas últimas, las que se han convertido en los nuevos medios de comunicación propios de la sociedad digital (Cabezuelo Lorenzo y Manfredi, 2019).

Marcos-Recio (2017) explica que las redes sociales han diseñado un panorama informativo descentralizado que ha afectado de forma importante a la producción de información. Es ahí en donde se ve afectado el periodismo y los medios de comunicación tradicionales, que ceden terreno y pasan a segundo plano ante la irrupción de estos nuevos “medios sociales”, que son plataformas digitales de comunicación, en donde el contenido es creado por los propios usuarios, lo cual propicia que sean ideales para la proliferación de la desinformación.

López-Borrull; Vives-Gràcia y Badell, (2018), señalan que “es en los medios sociales donde el debate sobre las noticias falsas, la posverdad y la utilización de noticias y desinformación para la manipulación del estado de opinión de la sociedad ha sido más relevante” (p. 1348). Por consiguiente, la simplicidad que posee internet y las redes sociales para crear espacios virtuales y convertirlos en lugares en donde se genera una pluralidad de opiniones, intercambio de ideas y viralización de contenido, hace que la verificación de datos y el rigor informativo desaparezca, dejándole la tarea fácil a la desinformación para que penetre estas plataformas y manipule la información que por allí circula.

Manovich (2011) citado en Casero Ripollés (2018), afirma que:

Las facilidades de producción que poseen las redes sociales provocan que el contenido que circula a través de ellas pueda ser manipulado para ensamblar, añadir o remover información. Con ello, se abre paso a procesos de re-encuadre, de reasignación de sentido o de recontextualización de la información que pueden alterar su significado (p. 966).

De esta manera, la proliferación de las noticias falsas se ha visto favorecida por el acelerado ritmo de crecimiento de internet y, particularmente, por la inusitada adhesión de las audiencias a las redes sociales virtuales, y sus espacios que posibilitan y promueven la viralización en tiempo real de la información (Castillo-Riquelme, Hermosilla-Urrea, Poblete Tiznado y Durán Anabalón, 2021).

Aunque el escenario al que el periodismo y los medios de comunicación se enfrentan parezca desfavorable, no debemos entregarnos al pánico. Pese a que las nuevas tecnologías de información y comunicación han modificado la práctica tradicional del ejercicio periodístico, tenemos que verlo como una oportunidad de realizar cambios favorables no solo para el rubro, sino para todos los ámbitos de la sociedad que se ven afectados por el auge de la alteración y manipulación de la información.

Pese a que los medios convencionales siguen siendo las principales formas en que la sociedad se informa y genera la opinión pública debido a que siguen siendo los más confiables, adaptarse a los nuevos tiempos debe ser el principal objetivo del periodismo, no quedarse atrás y decidir tomar la iniciativa en esta “batalla por la información”. Solo así seremos realmente capaces de combatir de manera efectiva a la desinformación.

Chadwick en el 2017 sostuvo que, aun cuando las plataformas digitales están cambiando la información, aún no están sustituyendo al periodismo y los medios convencionales. Esto ha producido un nuevo entorno híbrido en el que las dos lógicas, la vinculada a los medios digitales, por un lado, y la asociada al sistema mediático tradicional, por otro, conviven a veces armónicamente, generando cooperaciones y sinergias; y en otras ocasiones colisionan, provocando conflictos y tensiones. De igual forma, ambas se superponen y se interrelacionan constantemente (Casero Ripollés, 2018).

El Ciclo Vital de la Desinformación

La desinformación se convirtió en un problema tan instaurado a fondo en nuestras sociedades, que ya a menudo podemos ver cómo este fenómeno se vuelve protagonista tomándose las redes sociales y los medios de comunicación, con el fin principal de afectar y alterar a la opinión pública y la legitimización de procesos democráticos.

Pero en general, los casos de desinformación, tan rápido como se crean y se propagan, terminan siendo desmentidos, especialmente en estos días de instantaneidad y ubicuidad que permiten las redes sociales.

Aquello hace que poder reconocer el ciclo de vida de una desinformación en un nivel prototípico, es decir, cómo surge, se desarrolla y decae, permitirá no sólo comprender a cabalidad el fenómeno, sino que también establecer medidas preventivas ante la sola sospecha de su aparición.

Es así como los procesos de desinformación en sí poseen su propio “ciclo vital”, inspirado en la Ecología del Desarrollo Humano (EDH). Mediante esta asimilación, proyección o isomorfismo, donde es posible reconocer elementos que influyen y determinan el asunto, así como etapas diversas que lo explican y que, por lo tanto, contribuyen a su estudio.

El concepto «isomorfismo» (del griego iso-morfos: igual forma) es un homomorfismo (o más generalmente un morfismo) que admite un inverso. En el siglo XX el biólogo y filósofo de la ciencia austriaco, Ludwig von Bertalanffy, recuperó este concepto como elemento en la formulación de su Teoría General de Sistemas. Para este autor existían una serie de coincidencias en la evolución de los procesos que se llevan a cabo en diferentes campos del conocimiento (la biología, la demografía, la física, la sociedad, etc.) a las que denominó *isomorfismo*.

La idea de estudiar y entender a los medios de comunicación y su entorno a partir de la metáfora ecológica no es nueva. El concepto de “ecología de los medios” fue originalmente introducido por Neil Postman en 1968, aunque reconoció que derivaba del uso que Marshall McLuhan había utilizado a principios de esa década. Scolari (2015) señala que la metáfora no nació por generación espontánea, sino que arranca de precursores tan diversos como Innis, Havelock, Ellul y Mumford. Así, la metáfora ecológica aplicada a los medios acepta al menos dos interpretaciones: que los medios se comportan como ambientes (las tecnologías de la comunicación generan ambientes que afectan a los sujetos que las utilizan y estos efectos no se producen a nivel de las opiniones o conceptos, sino que alteran los ratios del sentido y los patrones de percepción de manera constante y sin ningún tipo de resistencia, creando un ambiente que rodea al sujeto y modela su percepción y cognición) y que los medios son asimilables a especies, por lo tanto, ningún medio adquiere su significado o existencia solo, sino exclusivamente en interacción constante con otros medios, es decir, viven en el mismo ecosistema y establecen relaciones entre sí.

A partir de estas dos interpretaciones complementarias, que revelan la visión teórica de la Media Ecology, aparece tanto un enfoque que integra el nivel *macro-social* (los cambios en el ecosistema de medios) con el *micro-individual* (los cambios cognitivos y perceptivos en los sujetos). Con ambos a la vista, es pertinente utilizar el concepto «ciclo vital», definido como el periodo que forma las diferentes etapas de las especies. Hace referencia al proceso de nacimiento, crecimiento y desarrollo, y finalmente la muerte de los seres (Rice, 1997). Los seres humanos en particular, al ser el máximo eslabón de la cadena biológica, son los mayores exponentes del ciclo vital, el cual “hace referencia al proceso de crecimiento y desarrollo que atraviesan las personas desde el nacimiento hasta su muerte” (García y Vera, 2002).

De esta manera, los seres humanos poseen un ciclo de desarrollo como un proceso evolutivo en cadena que transcurre durante toda la vida, en donde cada etapa del ciclo vital se ve influenciada por los primeros años que en cadena van afectando a los años siguientes (Duque

Yepes, 2007). Dulcey-Ruiz y Uribe (2002), señalan la perspectiva de la ecología del desarrollo humano, del psicólogo estadounidense, Urie Bronfenbrenner, la cual resulta sumamente valiosa al momento de dar cuenta del contexto del ciclo vital:

En esta perspectiva incluye indicadores de estilos y condiciones de vida en términos de espacios donde se desarrolla la actividad humana; modalidades de dicha actividad y formas de interacción. Estos tres elementos se presentan en los distintos sistemas por él considerados: microsistema (el ambiente más cercano a la persona: familia, comunidad, colegio, trabajo), mesosistema (interacción entre los microsistemas), exosistema (circunstancias sociales, políticas, culturales, científicas y económicas), macrosistema (relacionado con elementos simbólicos de las culturas, tales como creencias y representaciones sociales), y cronosistema (referente al transcurso del tiempo: hechos históricos y biográficos) (Dulcey-Ruiz y Uribe, 2002, p.18).

De esta manera, según los sistemas de Bronfenbrenner (1987), dentro de una sociedad y diferentes grupos particulares, “la estructura y la sustancia del micro, el meso y el exosistema tienden a ser similares, como si estuvieran contruidos a partir del mismo modelo maestro, y los sistemas funcionan de manera similar” (p. 27). Por el contrario, estos sistemas constitutivos pueden presentar notables diferencias entre diferentes grupos sociales:

Analizando y comparando los micro-, los meso- y los exosistemas que caracterizan a distintas clases sociales, grupos étnicos y religiosos o sociedades enteras, es posible describir sistemáticamente y distinguir las propiedades ecológicas de estos contextos sociales más grandes como ambientes para el desarrollo humano (Bronfenbrenner, 1987, p. 28).

Asimismo, con la información de “la perspectiva ecológica mencionada, es posible analizar transformaciones en espacios, actividades e interacciones en distintos ámbitos, los cuales, ya sea en forma directa o indirecta, en mayor o menor grado, inciden en el ciclo vital de las personas” (Dulcey-Ruiz y Uribe, 2002, p.18)

Estos sistemas de Bronfenbrenner representan los elementos del desarrollo humano y en su contexto del ciclo vital. Este desarrollo humano está formado por las diversas prácticas sociales llevadas a cabo a diario por las personas, como, por ejemplo, comer, dormir, trabajar, entre otras. Para Caspi, Esteve y Vidal (2019), “nosotros reproducimos, perpetuamos, transformamos o abandonamos dichas prácticas; por tanto, nuestro ciclo vital y el de las prácticas sociales están unidos” (p. 566). Por esta razón, siguiendo la idea de los autores:

Una práctica social posee su propio ciclo vital: nace, crece, cambia y puede llegar a desaparecer. La existencia de una práctica social y su permanencia en el tiempo depende de que las personas la lleven a cabo, es decir, depende de que se integren los elementos materiales, las competencias y los significados que permiten que esa práctica exista y sea reconocible socialmente como tal (p. 568-569).



Fuente: Elaboración propia.

De esta forma, podemos concluir que los casos de desinformación pese a tratarse generalmente de objetos documentados, al igual que

los seres biológicos, poseen un ciclo vital en un contexto determinado. En este sentido, para Bustelo (1997):

La gestión de documentos se concibe como el desarrollo de un sistema organizado para la creación, almacenamiento y acceso a los documentos producidos en el contexto de una determinada organización. En este contexto todos los documentos siguen un ciclo vital que podría resumirse en las siguientes fases: creación, uso, mantenimiento y eliminación/conservación (pp. 48-49).

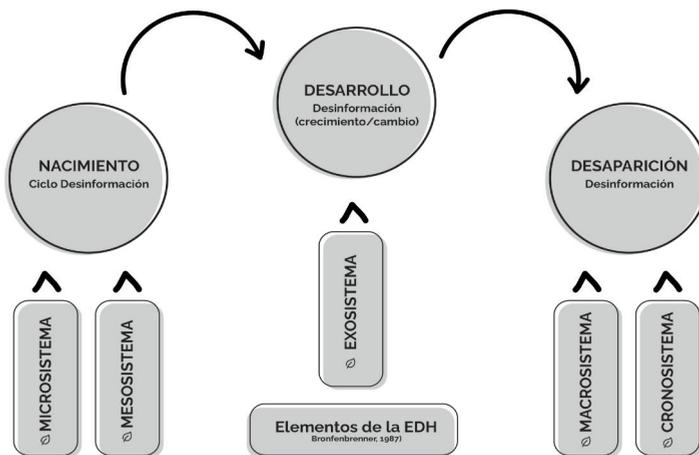
Comentarios finales y propuestas

Existe una amplia gama de estudios que demuestran que la desinformación, en tanto fenómeno actual, está peligrosamente instalado en nuestra realidad. Hoy, el uso consciente de información falsa o engañosa de parte de un emisor, para manipular las informaciones que luego son difundidas en la esfera pública para así alterar las creencias y decisiones de un receptor, es una de las principales preocupaciones en el ámbito de la información y de la comunicación.

El auge de este tipo de sucesos, que afecta con fuerza en la vida política, económica y social, requiere el aporte real y concreto desde el ámbito académico para superar la diagnosis. En ese sentido, partimos de la base de que el proceso diagnóstico superó la etapa intuitiva y requiere avanzar a propuestas específicas de acción e intervención.

Con esa idea de base, se plantea utilizar los indicadores de desarrollo humano como estructura para determinar qué hacer para enfrentar la desinformación y así, reconociendo que es una práctica social que posee su propio ciclo vital (nace, crece, cambia y puede llegar a desaparecer), la permanencia en el tiempo de esta práctica dependerá de las intervenciones que puedan hacerse en cada una de las etapas que se reconozcan. Como se dijo, reproducimos, perpetuamos, transformamos o abandonamos estas prácticas, por tanto, nuestro ciclo vital y el de las prácticas sociales están íntimamente unidos.

**Ética y moralidad en los medios de comunicación:
investigaciones y propuestas**



Fuente: Elaboración propia.

Teniendo como referencia el diagrama N°3, es pertinente realizar las siguientes propuestas de intervención:

En la primera etapa del ciclo vital, es decir, en el nacimiento o surgimiento de un caso de desinformación, resulta trascendental la intervención en la dimensión del *microsistema*, en el entendido que allí se encuentra el núcleo familiar más íntimo y el sistema educativo formal, que se inicia con la actividad preescolar y escolar básica. Por ejemplo, introducir tempranamente a los niños en las nociones básicas del pensamiento crítico, la validación de fuentes, la argumentación y el cuestionamiento de los datos que puedan recibir cimentarán, por una parte, sus creencias y el pensamiento metacognitivo futuro. En este sentido, es fundamental el trabajo conjunto y la dinámica colaborativa que pueda darse entre el hogar y la escuela, en el entendido que esta potenciará positivamente el efecto del *mesosistema*, es decir, la integración entre los microsistemas.

En la segunda etapa, es decir, en el desarrollo o crecimiento/propagación de un proceso de desinformación, especial atención requiere el acceso a la tecnología, pues se trata del principal promotor y difusor de la información, ya sea mediante redes sociales como Facebook, Twitter e Instagram o bien otros soportes como el servicio de men-

sajería de WhatsApp, por muchos considerada una red social o blogs y foros de diversa índole. Allí, la intervención a nivel del *exosistema* (circunstancias sociales, políticas, culturales, científicas y económicas) por un lado potencian la propagación, pero al mismo tiempo podrían ofrecer una posibilidad de cambio: la creación de normas específicas de regulación en la difusión, la protección legal a los medios de comunicación establecidos son algunas ideas que deben debatirse y, en lo posible, implementarse.

Finalmente, en la última etapa del ciclo, de desaparición o declive del proceso de desinformación, los efectos deberían aparecer por derivación de las intervenciones en las fases anteriores. Es decir, el *macrosistema* (relacionado con elementos simbólicos de las culturas, tales como creencias y representaciones sociales) debería operar de manera diferente producto de las mediaciones en el plano educativo y las normas legales implementadas. Asimismo, el efecto *cronosistema* (referente al transcurso del tiempo y hechos históricos) también será interpretado de manera correcta, impidiendo así la propagación cíclica de información alterada.

La reflexión final apunta a la valorización de esta propuesta analítica como herramienta efectiva para enfrentar la desinformación. Como ha dicho Bel (2021), esta constituye un verdadero ataque a la información de parte de gobiernos, partidos, asociaciones, esferas económicas e incluso *influencers*, que aprovechan la accesibilidad técnica para realizar labores de presión política. “La mentira ha sido siempre compañera de la información, pero la mentira querida y buscada con ahínco, más el apoyo de la más sofisticada tecnología para su difusión, no” (p. 16).

En ese sentido, la propuesta de fondo apunta a la revalorización de la función periodístico-informativa. El mismo Bel plantea que la multiplicación de la posverdad puede explicarse por haber prescindido de la intermediación en el campo periodístico ejercitado por medios y profesionales de la información y por el acceso directo de los ciudadanos a la capacidad informativa, lo cual supone una serie de riesgos,

pues el periodismo es un organismo de control que asegura que la información se ajusta a los hechos. Potenciar la cualificación profesional sería una herramienta eficaz para ejercer algún tipo de control de la información, desde el punto de vista de saber quiénes son las fuentes, cuáles son sus intereses y sus estrategias de persuasión, evitando así la proliferación de procesos de desinformación y sus indeseables efectos en los más amplios entornos de la vida personal y social.

Referencias Bibliográficas

Alonso González, Marián (2019) “Fake News: desinformación en la era de la sociedad de la información, Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación, N°45, pp. 29-52.

Alonso González, Marián., & García Orta, María José (2015) “Noticias falsas en Internet: difusión viral a través de las redes sociales”, en Reis, Ana Isabel., Zamith, Fernando., Bastos, Helder., & Jerónimo, Pedro (org(s).) *IV Congreso Internacional de Ciberjornalismo*, Porto, Observatório do Ciberjornalismo, N°4, pp. 394-405.

Alonso, Patricia (2017) “Fake news’ y posverdad en tiempos de populismos: lecciones para periodistas”. *Cuadernos de Periodistas*, N°34, vol. 24, pp. 77-84.

Bel, Ignacio (2021) *La ética informativa. Un reto en la era de la posverdad*, Valencia, Tirant Humanidades.

Bernal-Triviño, Ana., & Clares-Gavilán, Judith (2019) “Uso del móvil y las redes sociales como canales de verificación de fake news. El caso de Maldita.es”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 3, pp. 1-8.

Bronfenbrenner, Urie (1987) *La ecología del desarrollo humano. Experimentos en entornos naturales y diseñados*, Devoto, Alejandra (trad.), Barcelona-Buenos Aires, Paidós. Primera edición.

- Bustelo, Carlota (1997) “Los sistemas de gestión electrónica de la documentación y la teoría del ciclo vital de los documentos en las organizaciones”, *Scire: Representación Y organización Del Conocimiento*, N°2, vol. 3, pp. 45-53.
- Cabezuelo Lorenzo, Francisco., & Manfredi, Juan Luis (2019) “Posverdad, fake-news y agenda política en el discurso de Trump en Twitter”, *Historia y comunicación social*, N°2, vol. 24, pp. 471-483.
- Cantalapiedra, Basilio., & Aguilar, Pablo (2021) “Fake news y ética empresarial. Propuesta de un modelo evaluador de la veracidad de una noticia”, *Revista Inclusiones*, N° Especial, vol. 8, pp. 133-147.
- Casero Ripollés, Andreu (2018) “Investigación sobre información política y redes sociales: puntos claves y retos de futuro”, *El profesional de la información*, N°5, vol. 27, pp. 964-974.
- Caspí, Jose., Esteve, Héctor., & Vidal, Pablo (2019) “El ciclo vital de las prácticas sociales: el caso del running en Valencia”, *Revista Española de Educación Física y Deportes*, N° 426, pp. 566-573.
- Castillo Riquelme, Victor., Hermosilla Urrea, Patricio., Pobelte Tiznado, Juan., & Durán Anabalón, Christian (2021) “Noticias falsas y creencias infundadas en la era de la posverdad”, *Universitas*, N°34, pp. 87-108.
- Chavéz, Alejandro (2018) “Información líquida en la era de la posverdad” *Revista general de información y documentación*, N°1, vol. 28, pp. 283-298.
- Del Fresno, Miguel (2019) “Desórdenes informativos: sobreexpuestos e infrainformados en la era de la posverdad”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 28, pp. 1-11.

Dulcey-Ruiz, Elisa., & Valvieso, Cecilia (2002) “Psicología del ciclo vital: hacia una visión comprensiva de la vida humana”, *Revista Latinoamericana de psicología*, N°1-2, vol. 34 pp. 17-27.

Duque Yepes, Hernando (2007) *Los ciclos vitales del ser humano*, Bogotá, Sociedad de San Pablo, Tomo 1.

Estrada-Cuzcano, Alonso., Alfaro-Mendives, Karen., & Saavedra-Vásquez, Valeria (2020) “Disinformation y Misinformation, Posverdad y Fake News: precisiones conceptuales, diferencias, similitudes y yuxtaposiciones”, *Información, cultura y sociedad: revista del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas*, N°42, pp. 93-106.

Fernández Barrero, María Ángeles (2014) “La expansión del rumor en los medios digitales”, en Sabés Turmo, Fernando., & Verón Lassa, José Juan (coord.(s)), *Universidad, Investigación y Periodismo digital*, Aragón, Asociación de Periodistas de Aragón, pp. 19-35.

García-Marín, David (2020) “Infodemia global. Desórdenes informativos, narrativas fake y fact-checking en la crisis de la Covid-19”, *El profesional de la información*, N°4, vol. 29 pp. 1-20.

García Suso, Araceli., & Vera Cortés, Manuel Luis (2002) “El ciclo vital y la salud humana”, en Mompert García, María Paz (coord.), *La enfermería viva. Actualizaciones año 2002*, España, Difusión Avances de Enfermería, pp. 61-78.

López-Borull, Alexandre., Vives-Gràcia, Josep., & Badell, Joan-Isidre (2018) “Fake news, ¿Amenaza u oportunidad para los profesionales de la información y la documentación?”, *El profesional de la información*, N°6, vol. 27, pp. 1346-1356.

Magallón Rosa, Raúl (2020) “La nueva infonormalidad: no pienses en ‘fake news’, piensa en desinformación”, *Cuadernos de Periodistas*, N°40, pp. 12-21.

- Marcos-Recio, Juan Carlos (2017) “Verificar para mejorar la información en los medios de comunicación con fuentes documentales”, *Hipertext.net*, N°15, pp. 36-45.
- Massi, María Palmira (2011) “Estrategias de desinformación: Hacia una lectura crítica del discurso de los medios de prensa de la oposición”, *Revista de la Facultad*, N°17, pp. 193-212.
- Mayoral, Javier., Parratt, Sonia., & Morata, Monserrat (2019) “Desinformación, manipulación y credibilidad periodísticas: una perspectiva histórica”, *Historia y comunicación social*, N°2, vol. 24, pp. 394-409.
- Olmo Y Romero, Julia Alicia (2019) “Desinformación: concepto y perspectivas”, *Real Instituto Elcano*, pp. 1-8. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/desinformacion-concepto-y-perspectivas/> (consulta: enero de 2022).
- Palomo, Bella., & Sedano, Jon (2018) “WhatsApp como herramienta de verificación de fake news. El caso de B de bulo”, *Revista Latina de Comunicación Social*, N°73, pp. 1384-1397.
- Real Academia Española Y Asociación De Academias De La Lengua Española (2020) RAE. <https://dle.rae.es/desinformar> (consulta: junio 2021)
- Rice, Philip (1997) “*Desarrollo humano: Estudio del ciclo vital*”, Ortiz, María Elena (trad.), México, Prentice Hall Hispanoamericana, Segunda edición.
- Rodríguez Andrés, Roberto (2018) “Fundamentos del concepto de desinformación como práctica manipuladora en la comunicación política y las relaciones internacionales” *Historia y comunicación social*, N°1, vol. 23, pp. 231-244.

Rodríguez Pérez, Carlos (2020) “Una reflexión sobre la epistemología del fact checking journalism: retos y dilemas”, *Revista de Comunicación*, N°1, vol. 19, pp. 243-258.

Rodríguez-Fernández, Leticia (2019a) “Desinformación: retos profesionales para el sector de la comunicación”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 28, pp. 1-11.

Rodríguez-Fernández, Leticia (2019b) “Desinformación y comunicación organizacional: estudio sobre el impacto de las fake news”, *Revista Latina de Comunicación Social*, N°74, pp. 1714-1728.

Rodríguez-Ferrándiz, Raúl (2019) “Posverdad y fake news en comunicación política: breve genealogía”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 28, pp. 1-14.

Scolari, Carlos (2015) *Ecología de los medios: entornos, evoluciones e interpretaciones*, España, Editorial Gedisa.

Salas, Carlos (2019) “La primera fake news de la historia”, *Historia y comunicación social*, N°2, vol. 24, pp. 411-431.

Salaverría, Ramón., Buslón, Nataly., López-Pan, Fernando., León, Bienvenido., López-Goñi, Ignacio., & Erviti, María-Carmen (2020) “Desinformación en tiempos de pandemia: tipología de los bulos sobre la Covid-19”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 29, pp. 1-15.

Thagard, Paul (2014) “Pensamiento crítico y lógica informal: perspectivas neuropsicológicas”, *Revista Mesa Redonda*, pp. 7-25.

Vázquez-Herrero, Jorge., Vizoso, Ángel., & López-García, Xosé (2019) “Innovación tecnológica y comunicativa para combatir la desinformación: 135 experiencias para un cambio de rumbo”, *El profesional de la información*, N°3, vol. 28, pp. 1-12.

Watzlawick, Paul (1979) ¿Es real la realidad?: Confusión, desinformación, comunicación, Villanueva, Marciano (trad.), Barcelona, Herder Editorial, Primera edición.